

El regreso de José Mata

MA-TA! "¡Ma-ta", "¡Ma-ta!"... Millares de gargantas coreaban. Siete mil personas reclamaban la presencia del compañero que no podía estar a su lado: militantes asturianos del PSOE y la UGT, que hacían oír su protesta porque a José Mata no se le dejaba entrar en España. Sucedió en Gijón, en la mañana del 15 de agosto pasado, dentro del primer mitin que el Partido Socialista Obrero Español había podido celebrar en Asturias. Presidía Felipe González, bajo una galería de retratos entre los que se hallaba el del propio dirigente del "maquis", y el grito surgiría cuando un miembro de la Federación Local del PSOE llegó a las actividades guerrilleras de la posguerra en su repaso por la historia del Partido en tierras asturianas. El Palacio de los Deportes gijonés fue entonces un clamor exigiendo el regreso de uno de los mitos políticos más consolidados y reales de la Asturias contemporánea.

Cómo si ese clamor se hubiera hecho ya incontenible, dos meses después José Mata volvía a España, una vez logrado el pasaporte que tenía solicitado desde el 3 de marzo. De manera clandestina había —sin embargo— entrado en nuestro país, con motivo del último Congreso de la UGT, pero era sólo ahora cuando su presencia podía ser celebrada por sus compañeros de partido y sindicato. Ciertamente, lo hicieron: más de mil personas —encabezadas por Felipe González y Nicolás Redondo— se apinaron en los andenes de la estación madrileña de Chamartín, para dar la bienvenida a Mata. A las siete de la tarde del pasado jueves 21, llegaba en tren el guerrillero socialista desde Francia. Pancartas y banderas se desplegaron en ese momento, entre las voces de júbilo y entusiasmo pronunciadas por los asistentes. La cara de estupor que mostraban cuantos salían del tren sin haberse enterado de quién era su acompañante, pronto se disiparía ante la evidencia de la acogida, ambientada por continuos gritos de "¡UGT!", "¡UGT!", "¡UGT!"... Abrazos a González y Redondo, lágrimas en los ojos de antiguos camaradas que acudían también a estrecharse con él, alegría en los rostros de todos... Las emocionantes escenas que ambientan en cada ocasión el regreso de nuestros exiliados más significativos (y que se reproducirán cuando, inexorablemente, vuelvan todos ellos); escena que en este caso tuvo el complemento de un alzamiento de Mata a



hombros de sus más enervados correligionarios.

"Próximamente me dirigiré a Asturias, a hacer política, porque soy político y lucharé hasta que muera", fueron algunas de las palabras iniciales del actual consejero de la Comisión Ejecutiva de la Unión General de Trabajadores. Mata manifestó también que lo primero que iba a hacer al llegar a su tierra era "presentarme al oficial de la Guardia Civil para decirle que ya he vuelto. Prefiero presentarme antes de que me llamen al cuartelillo", con la seguridad de "quien en toda su vida no ha cometido un crimen, aunque sí he luchado

en combate. Tengo superados todos los odios y no vacilaría en estrechar la mano a cualquier enemigo de la Guerra Civil, aunque sé que muchos que la vivieron sienten aún rencor hacia mí". Quizá sea ese posible rencor el que —en opinión de algún miembro del PSOE, regional— no aconseje el inmediato regreso público de Mata a Asturias o, en el caso de que se produzca, que no adopte fórmulas de recibimiento multitudinario, sino más bien las propias de una acogida íntima de sus amigos y compañeros.

José Mata salió de Asturias, casi exactamente veintiocho

años antes de su entrada "oficial" en Madrid: el 23 de octubre de 1948 desembarcaba, al lado de una treintena de guerrilleros más, en el puerto francés de San Juan de Luz, merced a una operación de rescate dirigida por Indalecio Prieto y que fuese aprobada en el Congreso del PSOE del año anterior. Quedaban atrás once años de durísima lucha —comenzada durante 1937—, en el "maquis" de las montañas asturianas, y una experiencia socialista que se prolonga desde la edad de quince años en la UGT, desde los diecisiete en las Juventudes Socialistas y desde los veinte en el PSOE. Hijo de mineros, minero él mismo desde niño, durante doce años ejercería también este trabajo en Francia, radicándose durante todo su exilio en Toulouse. Hoy José Mata cuenta con sesenta y cinco años, está casado y tiene un hijo. Ex comandante del Ejército republicano, el último guerrillero socialista da cuerpo —con su actual presencia entre nosotros— al periodo más legendario e insuficientemente conocido de cuarenta años de franquismo: el "maquis". ■ FERNANDO LARA.

Ignacio Gallego en Jaén



IGNACIO Gallego hubiera visto la capital de su provincia (él es natural de Siles, en la sierra de Segura) en las fiestas de San Lucas y a miles de compañeros andaluces saludar con júbilo su vuelta del exilio (se calcula que acudieron a esta cita unos diez mil comunistas, presididos por un comité en el que figuraban dos concejales y profesionales representativos). Pero no fue así, porque el regreso del líder comunista —secretario general de la Organización del PC— acabó en un escándalo más de la represión. Ignacio Gallego no pisó, al cabo de tanto tiempo, tierra libre de Jaén, sino losetas de Comisaría, donde fue llevado, sin poder descender del coche que le traía a su pueblo

ni saludar a los primeros amigos, compañeros y familiares. Allí estuvo tres horas detenido. Durante ese tiempo, el viejo líder comunista, diputado durante la II República, recibió la visita de un médico, debido a su delicado estado de salud (ha sufrido un infarto).

Desde las doce de la mañana hasta el anochecer, Jaén fue una ciudad de escándalo: carreras, choques con la Fuerza Pública (la XXIII Brigada Antidisturbios), protestas ante la Comisaría de Policía por las continuas detenciones. Al final, un balance de unas sesenta personas detenidas (fueron puestas en libertad durante la noche) y un número indeterminado de heridos.

Para mayor confusión, ese domingo de la feria de San Lucas jugaba el Córdoba (unos seis mil hinchas se desplazaron a Jaén para acompañar a su equipo, que utiliza los colores de la bandera andaluza: verde y blanca) con el Real Jaén. Las banderas y gorras verdiblanco de la hinchada fueron confundidas por distintivos regionalistas, puestos en juego ese domingo por los compañeros de Ignacio Gallego. Igual ocurrió con los claveles y pañuelos rojos que los jiennenses lucían en un día normal de fiesta. La persecución se practicó dentro de ese clima de confusión contra los grupos que fueron a recibir al viejo líder comunista, como a los ciudadanos que salieron a pasear con claveles rojos, a los seguidores

del Córdoba C. F., como a los que acudieron a la caseta de feria "Andaluces de Jaén".

Los Comités Provinciales del PC de cada capital andaluza han celebrado ruedas de prensa para denunciar la represión ejercida ese domingo en Jaén ante personas cuyo único objetivo era el de dar la bienvenida a Ignacio Gallego. "Si lo que pretendían los responsables de esta provocación —dice el comunicado del PC, hecho público en Granada— era ocultar y silenciar la presencia pacífica de miles de comunistas andaluces en el recibimiento de su gran dirigente Ignacio Gallego, lo que consiguieron fue el efecto contrario, pues, una vez más, el pueblo de Jaén, como todos los pueblos de España, siguió cargando de razón al Partido Comunista de España en su objetivo de participar en igualdad de condiciones en el empeño de la democracia".

Ignacio Gallego —autor de "El partido de masas que necesitamos" y "El desarrollo del Partido Comunista de España", hombre que ha dirigido en el exilio cuadros de campesinos que actúan hoy en Extremadura, Galicia, Andalucía; pieza clave en la renovación del PC— no ha podido tener el mismo recibimiento que su compañero José Benítez Rufo tuviera recientemente en Sevilla. ¿Por qué estos cambios de táctica? ■ A. RAMOS ESPEJO.